

**L**A feroz resistencia a los Estatutos de autonomía que, palmo a palmo, artículo por artículo, palabra a palabra, ofrecen las clases conservadoras de este país expresándose a través de diversas siglas y fracción de sigla, en las Cortes, en los Consejos de Administración de los Bancos y demás cuarteles, sería una ingenuidad atribuirle, por entero, a una simple obcecación por un Estado centralista, jacobino, de concepción inculcada siglo a siglo por la fuerza y la propaganda oficial, pasando por todo tipo de libros de formación del espíritu nacional.

Detrás de ese supuesto temor por la unidad de España hay hombres y apellidos de entidades bancarias temerosas de que una nueva concepción del Estado reduzca sustancialmente su margen de beneficios al poner en cuestión un modelo de desarrollo económico que se ha revelado como origen de enormes desigualdades entre la España rural y la periférica —en ese sentido sí puede hablarse de las dos Españas— pero, al mismo tiempo, origen de una fácil acumulación de capital. De haber existido un Estado democrático y descentralizado, difícilmente el proceso migratorio entre unas zonas y otras de España hubiese alcanzado cotas tan dramáticas y proporciones tan extraordinarias; con una planificación económica y territorial que permitiera la expresión de otros intereses que no los estrictamente monopolistas, muy probablemente ni la Costa del Sol ni la Costa Blanca ofrecerían el aspecto masificado que ahora las caracteriza, ni Huelva sería la capital de las industrias contaminantes, ni la industrialización gallega se estructuraría en una parte sobre el capitalismo del desperdicio, ni media España estaría en proceso de desertización, ni existirían barrios en las afueras de Barcelona con mayor densidad que la de Manhattan, ni la ría bilbaína sería la cloaca más contaminada de Europa.

Como era de esperar, esos temores a la autonomía que anidan en las instancias del poder económico financiero se expresan en estos decisi-



El presidente de la Generalitat, Tarradellas, en Madrid, con Adolfo Suárez.

## Si esos malditos catalanes no fuesen marxistas...

MANUEL CAMPO VIDAL

vos días bajo otras banderas: la del peligro para la unidad de España, la de una supuesta insolidaridad de unas regiones con otras, que el mismo texto de los Estatutos vasco y catalán se encargan de desmentir, o, incluso, bajo la demagógica argumentación de que unos desalmados pueblos de España explotan a otros, formulación ésta que, más allá del inestimable servicio ideológico que presta a esos intereses financieros temerosos de la autonomía, supone un extraordinario alivio para las oligarquías y el caciquismo que están en la base de la miseria y de la necesidad de emigrar de millones de trabajadores.

Pero el temor ideológico a la autonomía, además de encubrir un auténtico temor económico en amplios sectores de capital típicamente expoliadores, esconde también un enorme e indisimulable miedo al futuro político. Miedo, porque la práctica de la preautonomía, a pesar del esfuerzo gubernamental por su folklorización, se ha reve-

lado como una vía de acceso de la izquierda al poder, al poder todavía vacío de los gobiernos regionales, pero al poder susceptible de vigorizarse en función del contenido de los Estatutos.

Ese elemento, hasta ahora sólo intuido o débilmente insinuado, se expresa ya con claridad introduciendo serias dificultades suplementarias para la aprobación del Estatuto de autonomía para Cataluña. Después de haber sido obsequiados los catalanes con algunos quintales de flores cultivadas en las páginas de la prensa conservadora con el solo objeto de contraponer su imagen pacífica y presuntamente pactista frente a lo que esa prensa denominaba "polvorín vasco", las primeras escaramuzas parlamentarias advierten ya que uno y otro proyecto de Estatuto, y no sólo uno, tropezarán con serias y diversas dificultades: con todas aquellas resistencias propiamente ideológicas a una reforma democrática y descentralizada del Estado y con todos

aquellos temores ideológicos que encubren importantes intereses económico-financieros, pero también con las reticencias que el peligro "independentista" supone en el caso vasco y la "amenaza marxista" en el catalán. ¡Ah!, ¡si esos malditos catalanes no fuesen marxistas al menos electoralmente en un cincuenta por ciento!... Un sector de la derecha se encontraría en mejores condiciones para ceder con menos traumas en la batalla estatutaria, aunque sólo fuese para poder rebajar el techo de la autonomía vasca.

Cuando menos, la sucursal española de la Comisión Trilateral considera muy serio el peligro marxista que podría verse favorecido con la autonomía. Además de las declaraciones del profesor Ramón Trías Fargas a TRIUNFO en las que planteó por primera vez abiertamente la necesidad de que se constituya ahora ya un gobierno de la Generalitat sin presencia comunista. Las palabras del trilateralista Pedro Schwart en el seminario "Cómo organizar las autonomías españolas", han sido contundentes: "Los catalanes intentan un experimento socialista a costa del dinero del Estado; si quieren hacer esa experiencia, la deben pagar ellos".

Pero más allá de la poderosa Trilateral, sectores de capital conservador catalán, expresan ese temor también. En un editorial del derechista "Diario de Barcelona", dirigido por Antonio Alemany, candidato no electo de Coalición Democrática por Mallorca, se escribía el día 4 de julio lo siguiente: "Quien provee de masas en las movilizaciones pro-Estatut es el PSUC, quien confecciona las pancartas es el PSUC, quien abuchea a Tarradellas es el PSUC y el primero que acude a las concentraciones de la plaza de Sant Jaume es el secretario general del PSUC. (...) Ni qué decir tiene que, de hecho, este Estatut puede permitir el establecimiento del primer régimen marxista de la Europa occidental. (...) Ello quizá explicaría el entusiasmo y las prisas comunistas por el Estatut y evidenciaría sorprendentes silencios de otros partidos". ■